

Domingo XXII.

- I *Felipe Fernández Caballero***
- II *Guía para lectura y predicación del CEC, Ciclo B. (SEC)***
- III. *Sagrada Congregación para el Clero***
- iV *Radio Vaticano***

Terminado el breve ciclo de Juan sobre el Pan de la vida, como ampliación del tema de la multiplicación de los panes (dom. 17), se resume el evangelio de Marcos. Las enseñanzas de este grupo no presentan un enlace temático, aunque continúan marcadas por la incomprensión que rodea las palabras y los hechos de Jesús.

I. MENSAJE CENTRAL

JESÚS ENSEÑA QUE LA AUTÉNTICA ADHESIÓN DEL HOMBRE A LA VOLUNTAD DE DIOS ES LA DEL CORAZÓN.

Frente al legalismo puramente exterior, lo que importa es la interioridad del hombre: la auténtica adhesión a la voluntad santa y sabia de Dios se realiza en el corazón humano y se expresa en la atención a los marginados e indefensos

LECTURAS

1. "Escucha los mandatos y decretos que yo os mando hoy"

Dt 4, 1-2. 6-8

La fidelidad a la ley será la garantía de la autenticidad y verdad del pueblo de Dios. El que se abre a la Sabiduría de Dios ha encontrado el camino de la plena realización de sí mismo.

Moisés prepara a su pueblo para la entrada a la tierra que va a poseer como don gratuito de Dios. Si el Señor le ha escogido, le conduce y le protege en sus dificultades, dándole numerosas pruebas de su fidelidad, el pueblo ha de corresponderle con la misma fidelidad: ha de escuchar y cumplir sus mandatos, guardarlos, no suprimir ni añadir nada en ellos, ponerlos en práctica. La fidelidad a la ley será la garantía de la autenticidad y verdad del pueblo de Dios.

Los mandamientos son sabios y justos y hacen sabio y justo al que los sigue: la conducta sabia del pueblo reflejará la Sabiduría de Dios, y la sabiduría de la ley conducirá a la posesión de la tierra y de la vida dichosa. En el Deuteronomio, "poseer la tierra" no es sólo

habitar en un país que permite gozar de sus riquezas, sino realizarse como persona en el lugar en que se vive. El que se abre a la Sabiduría de Dios ha encontrado el camino de la plena realización de sí mismo.

Escuchar la Ley, meditarla, ponerla en práctica, significa, además, contribuir a la realización del proyecto salvador de Dios. Por los mandamientos de la ley Dios se acerca a su pueblo, por la obediencia de la ley el hombre se acerca a Dios.

2. "Aceptar dócilmente la palabra que ha sido plantada y es capaz de salvaros"

St 1, 17-18.21b

Santiago resume hoy el que podemos llamar "camino de la autenticidad" que acompaña toda la obra creadora de Dios, y que exige de nosotros disponibilidad para la escucha de la palabra y audacia para ponerla en práctica .

El punto de origen es *"el Padre de los astros, en el cual no hay fases ni períodos de sombra"*, donde todo es luz pura, auténtica luz. *"Todo beneficio y todo don perfecto"* provienen de él: son las obras creadas, auténticamente buenas, llegadas de sus manos creadoras. La protagonista es la Palabra: palabra *"de la verdad"*, es decir, palabra auténtica, una palabra que transforma al hombre convirtiéndolo en *"primicia de sus criaturas"*. *"Aceptada dócilmente"* revela al hombre su identidad más profunda y constituye el camino de su auténtica felicidad..

Santiago exige dos actitudes básicas en relación con la Palabra: disponibilidad para escucharla y acogerla *"ha sido plantada en nosotros y es capaz de salvarnos"*- y audacia para ponerla en práctica. Esta palabra se identifica con la Ley perfecta de la libertad y su aceptación, por tanto, implica la ruptura con todo tipo de ambición, de ira o de maldad, y requiere la integridad de una conducta que corresponda a la identidad de hijos de Dios.

Santiago, como Jesús en el evangelio de hoy, contrapone la religiosidad vacía a la religiosidad auténtica, pura y sin tacha, y previene del engaño o autoengaño de la legitimación, con sólo palabras o ritos, de conductas contrarias al evangelio o al amor a los necesitados.

Frente a una religiosidad inoperante y muerta, el Apóstol describe la religión auténtica *"a los ojos de Dios Padre"*: atender a los marginados e indefensos, de los que eran prototipo, desde el A.T., los huérfanos y las viudas.

La recomendación de *"no mancharse las manos con este mundo"* nos la aclarará a continuación la enseñanza evangélica.

Evangelio: "Lo que sale de dentro es lo que hace impuro al hombre"

Mc 7, 1-8a 14-15. 21-23

Es en el corazón humano, de donde brota lo bueno y lo malo, donde se realiza la auténtica adhesión a la voluntad santa y sabia de Dios.

Continúa la polémica de Jesús con los escribas y fariseos, esta vez de tipo ritual y legalista -un conflicto entre "tradiciones" y "tradición"-, que le da pie para afirmar una de las

enseñanzas morales más importantes: frente al legalismo puramente externo, lo que importa es la interioridad del hombre. Una vez más la enseñanza de Jesús se presenta como noticia gozosa y profundamente liberadora: es en el corazón humano -de donde brota lo bueno y lo malo- donde se realiza la auténtica adhesión a la voluntad santa y sabia de Dios.

Los fariseos veían en la pureza la base fundamental de su vida religiosa: para preservarla habían concretado en un sin fin de preceptos la ley del Señor y habían desarrollado un conjunto de tradiciones orales encaminadas a lograr la aspiración que tenía Yahvé de un pueblo puro.

Jesús, que compartía la pasión de todo su pueblo por la pureza, otorga a la misma un sentido nuevo desde su propia experiencia del Padre y de los hombres. La vida moral no puede concebirse como un conjunto de mandamientos o de tradiciones humanas que anulan la palabra de Dios. La pureza no es un culto vacío, un *"honrar con los labios"* (esto es la hipocresía), sino un poner "el corazón junto a Dios". Para Jesús la pureza (lo que hace puro al hombre) se manifiesta en los buenos pensamientos, amor, desprendimiento, servicio, justicia..., es decir, en los comportamientos opuestos a la lista de vicios que aparece al final del texto de hoy.

Marcos tiene que abrir un paréntesis para explicar estas cosas a sus destinatarios paganos, que concebían el orden y la pureza al modo grecorromano: *"los fariseos, como los demás judíos..."*

En el *"escuchad y entended todos"*, con que Jesús sitúa la fidelidad a Dios en el interior del hombre, hay una llamada apremiante a la autenticidad, a la coherencia entre el ser y el hacer, entre el ser y el parecer.

HOMILÍA

A todos nos preocupa cada vez más la polución atmosférica, la contaminación de las aguas, la degradación del medio ambiente. Crece la conciencia de la gravedad de los delitos ecológicos. Nos indignamos, y con razón, de la suciedad de nuestras playas o de nuestros bosques, de los vertederos de basura incontrolados, de que aparezcan peces muertos en nuestra ría a causa del vertido de aguas envenenadas procedentes de nuestras fábricas. Y, sin embargo, apenas nos afectan tantas formas de contaminación interior y moral que corrompen a niños, jóvenes y adultos. .

La conservación de la naturaleza y la preocupación por la higiene son signos de progreso y civilización a los que no podemos renunciar. Pero la preocupación por lo que es secundario, nunca puede servir de excusa para descuidar lo principal.

Los escribas y fariseos se quejan a Jesús de que sus discípulos *"comían con manos impuras, es decir, sin lavarse las manos"*. (San Mateo en efecto, consigna en su evangelio que los fariseos, *"como los demás judíos", no comen sin lavarse las manos* y añade que *"se aferran a otras muchas tradiciones de lavar vasos, jarras y ollas"*)

Y Jesús les responde utilizando una profecía de Isaías : *"Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí"*; y añade por cuenta propia: *"Dejáis a un lado el mandamiento de Dios para aferraros a las tradición de los hombres"*. Las tradiciones tiene su valor propio, pero siempre relativo. Elevarlas a la categoría de expresiones esenciales de la vida religiosa puede ser una coartada para descuidar las exigencias fundamentales de la fe, del culto cristiano y del orden moral.

Jesús recrimina a los fariseos que den más importancia a la limpieza exterior que a la pureza del corazón, y nos propone a todos un programa de ecología interior: *"Escuchad y*

entended todos: nada que entre de fuera hace al hombre impuro; lo que sale de dentro es lo que hace impuro al hombre. Porque de dentro del corazón del hombre salen los malos propósitos,...". El Reino de Dios es, ante todo y sobre todo, un acontecimiento interior, y exige ser aceptado en la profundidad del ser humano, no en la exterioridad de la pura apariencia. No son las manos sucias, sino las malas disposiciones interiores las que impiden entrar acceder a la presencia de Dios.

En esa misma línea se sitúan los otros textos de la misa de hoy. Ponen de relieve, en primer término que la autenticidad del culto y de la vida religiosa tiene su origen en la atenta escucha de la palabra de Dios. Y, en segundo lugar, que esa Palabra, plantada en nuestros corazones, debe florecer en actitudes de cercanía y amor al hombre.

El libro del Deuteronomio comienza con estas palabras: *"Escucha, Israel"*. El pueblo de Dios debe escuchar lo que se le va a decir. Debe acogerlo en el corazón, meditarlo y proclamarlo con la fe y con la vida.

Se trata de *"los decretos y mandatos que yo os mando cumplir"*, de la ley divina que debe regir la vida cotidiana. Toda la existencia del creyente ha de estar presidida por la voluntad de Dios, que la ilumina y orienta.

Moisés señala dos características de la ley de Dios, que lo son, a la vez, de Dios mismo: su sabiduría y su cercanía:

**"Ponedlos por obra, que ellos son vuestra sabiduría e inteligencia. ¿Cuál es la nación cuyos mandatos y decretos sean tan justos como toda esta ley?"* Los mandamientos del Señor de Israel son justos, enseñan el camino de la justicia salvadora de Dios. Ninguna nación ha recibido

- *"¿Hay alguna nación que tenga los dioses tan cerca como lo está el Señor Dios siempre que lo invocamos?"* Dios está cerca porque está dentro de nosotros. Invocar al Señor es ponerse en sintonía con su voluntad salvadora, inscrita por él en nuestro propio corazón.

El apóstol Santiago nos recuerda el don de nuestra conversión originaria: en el bautismo, el Padre de las luces nos engendró por su palabra, sacándonos de las tinieblas y trasladándonos al Reino de la luz. Pero esa Palabra que produce la vida divina debe ser recibida adecuadamente. No basta escucharla, hay que traducirla en actitudes que transformen nuestra existencia personal. El cristiano ha de responder al amor y cercanía de Dios con la cercanía y compasión del hombre necesitado: *"La religión pura e intachable a los ojos de Dios Padre es ésta: visitar huérfanos y viudas en sus tribulaciones y no mancharse las manos con este mundo"*. Practicar la justicia, tener intenciones leales, proceder honradamente...Estos son *"los mandamientos y decretos que yo os mando"* cumplir.

II. Guía para lectura y predicación del CEC, Ciclo B. (SEC)

Moisés exhorta a su pueblo destacando que Dios está en medio de ellos y pueden escucharle; Israel ha recibido de Dios una ley como ningún otro pueblo la tiene; recuerda a la teofanía del Sinaí en que el pueblo oyó a Dios pero no le vio.

Después de una larga explicación acerca del rito de lavarse las manos Jesús marca la frontera entre Él y la ley. Sus consecuencias se verán cuando la Iglesia se enfrente con el problema de los conversos de la gentilidad.

Hoy nos hallamos en el polo opuesto con el que Jesús se enfrentó: si Él tuvo que luchar contra el legalismo, hoy hay que esforzarse por poner de relieve la heteronomía de lo moral, frente a una falsa defensa de la libertad que presenta cualquier mandato o precepto como una imposición destructora del hombre y de su iniciativa personal. “Los mandamientos, dice Juan Pablo II, constituyen la primera etapa necesaria en el camino hacia la libertad” (VS, 13).

Abolida la esclavitud se rechaza la opresión del hombre por el hombre, pero ¿y la opresión del hombre por sí mismo?

LA FE DE LA IGLESIA

“Después de la etapa de los patriarcas, Dios constituyó a Israel como su pueblo, salvándolo de la esclavitud de Egipto. Estableció con él la alianza del Sinaí y le dio por medio de Moisés su Ley para que lo reconociese y le sirviera como al único Dios vivo y verdadero, Padre providente y juez justo, y para que esperase al Salvador prometido” (CEC 62; cf. 63).

— “Esta pedagogía de Dios aparece especialmente en el don de la Ley. La letra de la Ley fue dada como un “pedagogo” para conducir al Pueblo hacia Cristo (Ga 3,24). Pero su impotencia para salvar al hombre privado de la “semejanza” divina y el conocimiento creciente que ella da del pecado suscitan el deseo del Espíritu Santo” (CEC 708).

— *Decidir en conciencia:*

“Ante la necesidad de decidir moralmente, la conciencia puede formular un juicio recto de acuerdo con la razón y con la ley divina, o al contrario un juicio erróneo que se aleja de ellas” (CEC 1786).

— “En todos los casos son aplicables las siguientes reglas: nunca está permitido hacer el mal para obtener un bien; la “regla de oro”: “Todo cuanto queráis que os hagan los hombres, hacédselo también vosotros” (Mt 7,12); la caridad actúa siempre en el respeto del prójimo y de su conciencia. “Lo bueno es... no hacer cosa que sea para tu hermano ocasión de caída, tropiezo o debilidad” (Rom 14,21)” (CEC 1789).

— “Él (san Pablo) reconoce la función pedagógica de la Ley, la cual, al permitirle al hombre pecador valorar su propia impotencia y quitarle la presunción de la autosuficiencia, lo abre a la invocación y a la acogida de la “vida en el Espíritu”. Sólo en esta vida nueva es posible practicar los mandamientos de Dios. En efecto, es por la fe en Cristo como somos hechos justos: la “justicia” que la Ley exige, pero que ella no puede dar, la encuentra todo creyente manifestada y concedida por el Señor Jesús” (Juan Pablo II, VS 23).

Llevar a la vida los mandatos de Dios por amor a Jesucristo es la mejor lección de libertad que podemos dar al mundo.

III. Sagrada Congregación para el Clero

NEXO ENTRE LAS LECTURAS

¿En qué consiste la religión auténtica? ¿Cuál es el culto verdadero? A estas preguntas responden las lecturas del domingo vigésimo segundo del tiempo ordinario. La *primera lectura* responde que la religión auténtica consiste en cumplir fielmente todos los mandamientos del Decálogo.

Jesucristo, en el *evangelio*, enseña que la Palabra de Dios (Sagrada Escritura) está por encima de las tradiciones y leyes humanas. Por tanto, la verdadera religión está en el corazón del hombre, que escucha y pone en práctica la Palabra de Dios.

Santiago en su carta nos dirá que la religión pura e intachable ante Dios consiste en el amor al prójimo, especialmente a los más necesitados (*segunda lectura*).

MENSAJE DOCTRINAL

Escuchar y hacer la Palabra.

La lengua hebrea no distingue entre palabra y hecho. Y por eso no se puede separar el escuchar del hacer ni el hacer del escuchar. El decálogo es llamado "las diez palabras" que hay que escuchar y poner en práctica. Esas diez palabras, que resumen toda la legislación mosaica, las "ha pronunciado" Dios para bien de su pueblo y, por tanto, poseen unas características propiamente divinas. Mientras que los otros pueblos se rigen por leyes y preceptos surgidos de la sabiduría y de la voluntad humanas, el decálogo goza de la sabiduría del mismo Dios.

¿Cuáles son algunas de esas características divinas?

Las diez palabras son inmutables. Nada puede sustraerse a ellas y nada ser añadido. Son palabras de Dios "pronunciadas" para que el hombre viva; y el hombre vive cuando tiene unos puntos de referencia fijos, no sometidos a los cambios históricos.

En las diez palabras se compendia la sabiduría con la que Dios ha dotado a Israel a los ojos de los demás pueblos. Una sabiduría nada teórica, sino que envuelve la vida y la penetra en todas sus expresiones. Esas diez palabras continúan siendo hasta nuestros días alma del pueblo de Israel y alma de las comunidades cristianas. La auténtica religión y el verdadero culto consisten en escuchar y hacer la Palabra.

Mandamiento de Dios versus tradiciones humanas.

En polémica con los fariseos y escribas Jesús les echa en cara algo sumamente grave: "Dejando el precepto de Dios, os aferráis a la tradición de los hombres". No es que Jesús rechace las tradiciones de Israel. No se trata de rechazarlas sino de ponerlas en el lugar que les corresponde en el designio de Dios y en el marco de una religión auténtica. Las tradiciones son buenas cuando no apartan del Decálogo ni se oponen a él, sino que nacen como ramas nuevas del mismo árbol del Decálogo. Si en cambio nacen de situaciones meramente circunstanciales o de una voluntad humana rigurosa y estrecha, habrá que afirmar que esas tradiciones son caducas y perecederas. El gran error de los fariseos y escribas es querer conservar a toda costa un gran cúmulo de tradiciones de los antepasados, no sólo atosigando las conciencias del pueblo judío, sino incluso contradiciendo con ellas los principios inmutables y sapientísimos del Decálogo. La verdadera religión es aquélla que pone la Palabra de Dios por encima de las costumbres y usos de los hombres.

La Palabra de la verdad.

La Palabra de la verdad es la revelación de Dios contenida en la Escritura y que el Señor ha sembrado en el corazón de cada uno de los creyentes. El cristiano ha de ser dócil a esta Palabra, de modo que no sólo la escuche sino que la ponga en práctica. ¿Cuál es esa Palabra de verdad? Fundamentalmente el amor a Dios y el amor al prójimo, corazón de la verdadera religión cristiana. Quien cumple esa Palabra de verdad alcanzará la salvación de Dios. El hombre ha de ser muy sincero consigo mismo para no quedarse sólo de oyente,

sino llegar a ser también practicante de esa Palabra. Hay que llegar a hacer la Palabra de la verdad. En eso consiste la verdadera religión a los ojos de Dios.

SUGERENCIAS PASTORALES

Una religión del corazón.

Hombre religioso es aquél que se siente re-ligado por una relación dialogal con la divinidad. Si el diálogo y la relación humana no puede ser puramente racional ni puramente sentimental, mucho menos el diálogo con Dios. Por eso, yo abogo por una religión del corazón, siendo éste el centro interior de la persona. El corazón, por tanto, visto no sólo como fuente de la afectividad, sino además como sede de la razón, de los sentimientos, de la voluntad, de la conciencia, de la decisión. En la religión del corazón es todo el hombre el que entra en comunicación con Dios: el que habla y escucha, el que es interpelado y responde, el que expresa sus experiencias íntimas y se siente acogido y comprendido. Quizás todavía quede en algunos cristianos huellas de jansenismo, y es necesario acabar con ellas. El cristianismo del futuro está pidiendo una religión del corazón, que llegue a ser el corazón de la religión. En tu experiencia personal, ¿es la religión católica una religión del corazón? ¿Es el culto cristiano un culto del corazón? En la vida litúrgica y sacramental de tu parroquia, ¿se tiene en cuenta esta dimensión integral de la religión, que comprende a toda la persona? Es mucho, muchísimo, lo que se puede hacer todavía para que la religión católica llegue a ser, en cada familia, en cada parroquia, en cada diócesis, en toda la Iglesia, una religión del corazón.

Autenticidad versus apariencias.

La autenticidad debería ser el carnet de identidad de todo hombre, particularmente de todo cristiano. Pero, ¿qué significa ser auténtico? La respuesta depende de la concepción del hombre que se tenga. En una concepción cristiana, "auténtico" no es el que da curso libre a sus impulsos instintivos, sino el que es fiel a sí mismo y a la imagen del hombre integral que la razón y la fe dibujan en su conciencia. "Auténtico" es el hombre que se guía en su actuación por convicciones, el hombre cuya voluntad es movida siempre hacia su fin como persona humana y como hijo de Dios. En definitiva, ser auténtico se entiende como un ideal de ser uno mismo y no otro, no una máscara. En este sentido "auténtico" es quien no vive de apariencias, ni cifra en las apariencias su valor y su riqueza humana. En la educación de los niños y adolescentes conviene tener esto muy presente, porque, a causa de la televisión y otros medios informativos, es fuerte la atracción de las candilejas, de las pasarelas de modas; es grande la tentación del éxito fácil y deslumbrante, de la fama efímera pero gratificante. En breve, es fácil y tentador querer vivir de apariencias. Pregunta a los adolescentes, ellos y ellas, qué quieren ser de grandes y te darás cuenta, por las respuestas, de la fuerza seductora de las apariencias. ¿Qué vamos a hacer como cristianos para devolver autenticidad a la sociedad, a la educación?

Fuente: Radio vaticano. (con permiso)

Estamos llegando al domingo vigésimo segundo del tiempo ordinario, recuerdo que estamos en el ciclo B. La propuesta de la liturgia de la palabra es el capítulo cuarto del Libro del Deuteronomio, el salmo 14, el primer capítulo de la carta del apóstol Santiago, y retornamos a la lectura del evangelio según san Marcos, en su capítulo séptimo. Pidamos a Dios nos hable y que su palabra llegue a nuestros corazones.

Si quisiéramos resumir en pocas palabras el mensaje de este domingo, las mejores serían "ley de Dios", porque vemos en prácticamente todas las lecturas alusiones a la misma y a su cumplimiento.

La primera está tomada del libro del Deuteronomio, que traducido significaría algo así como nueva ley, u otra ley. Estamos en el capítulo 4 donde Moisés habla al pueblo: “Y ahora, Israel, escucha los preceptos y normas que yo les enseño, para que las pongan en práctica a fin de que vivan y entren a tomar posesión de la tierra que Yahve, Dios de sus padres, les da”. “Guárdalos y practícalos, porque ellos son la sabiduría y la inteligencia de ustedes a los ojos de los demás pueblos...”.

Esto significa que los mandamientos que Dios ha dado deben ser vividos, no quedarse en letra muerta, escrita en bellos libros, sino que su cumplimiento debe marcar la vida de los creyentes, quienes deben ser distinguidos de los demás precisamente porque la ley regula su conducta y guía sus obras. Yahve es un Dios cercano, como lo dice también el trozo del Deuteronomio, que acompaña a su pueblo, que está atento a cuando lo invocamos, que da leyes y preceptos justos a sus hijos. Dios se da totalmente a sus hijos, y sólo exige a cambio que sean fieles en esos pocos preceptos que les da para que tengan vida. Sabiduría e inteligencia son, según este texto, la manifestación de la aceptación y cumplimiento de los mandamientos de Dios.

El apóstol Santiago, en la segunda lectura de hoy, también insiste en que la Palabra que ha sido plantada y es capaz de salvarnos, debemos aceptarla dócilmente, y sobre todo llevarla a la práctica. Y ¿cómo se lleva a la práctica? Santiago da unas pistas referidas a la caridad, al decirnos,visiten a los huérfanos y a las viudas y acompáñenles en sus tribulaciones, no se manchen las manos con las cosas de este mundo. Y con santiago podemos colocar otras prácticas que sería bueno tener en nuestros días para de alguna manera concretizar nuestra vida y experiencia cristiana: atención a los pobres, ayuda a los jóvenes, acompañamiento a los ancianos. El apóstol nos invita, como veremos también en el evangelio de hoy, a que no nos quedemos con los brazos cruzados, a que nuestra fe no la vivamos de una manera intimista, sino a que esa fe, y el seguimiento de los preceptos del Señor, los concretemos en buenas obras, en obras de salvación para nosotros y para quienes nos rodean, para que también la obra Iglesia resplandezca en nosotros, sus miembros.

En el evangelio tenemos a Jesús en una discusión con los fariseos y algunos letrados, hombres creyentes y bien formados en las leyes de Dios, que las conocían al dedillo, y que inclusive habían añadido algunas. Como la que discutían, que era la ley de purificación ritual, ya que los discípulos del Señor estaban comiendo sin antes haberse lavado las manos. Este reclamo da pie a Jesús para repetir unas palabras del profeta Isaías: “Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. El culto que me dan está vacío, porque la doctrina que enseñan son preceptos humanos”. Un poco más adelante Jesús enseña otra cosa, nada de los que entra de afuera puede dañar al hombre, sino lo que sale de dentro porque sale del corazón. Con estas dos reflexiones el Señor pone los puntos sobre las íes en lo que respecta a su seguimiento y al cumplimiento de los mandamientos. No son letra muerta, no son para pregonarlos, como lo hacían los fariseos o los escribas, sino para que los convirtamos en vida, para que sea su práctica la que dé ejemplo de una vivencia según Dios, según la fe. Por supuesto que hay que conocerlos, aprenderlos, como lo hacemos en el catecismo, pero el Señor nos pide que demos el salto de la letra a la vida, del papel a la obra, de la mente al corazón.

Hermano, hermano que me escuchas, el mensaje de hoy es muy claro. Primero tenemos que conocer muy bien la Palabra de Dios y sus mandatos, para que nuestra fe tenga sustento. Y en segundo lugar, conociendo bien la Palabra y los preceptos, ponerlos por obra, hacer que sean los principios rectores de nuestra vida, que sean los que orienten nuestras actuaciones, no sólo dentro de la Iglesia, que es fácil, sino, y sobre todo, en los ambientes donde nos desenvolvemos, para que así demos un buen ejemplo a los demás, y cuando nos pregunten el por qué tenemos ciertas actitudes, respondamos que es por la fe

en el Señor que hacemos el bien y nos portamos bien. El ejemplo será la mejor catequesis para quienes nos rodean.